

sada por mujeres de la Obra en los años de la posguerra española, de Mercedes Montero («Studia et Documenta» 11, 2017, pp. 227-263), entre otros.

Estas lecturas aportarían al relato de Camprubí una visión más amplia acerca de este asunto. Se ha de tener en cuenta en cualquier caso que estas matizaciones no deberían empañar su trabajo, ya que la cuestión del Opus Dei, aunque de relevancia en *Los ingenieros de Franco*, no es uno de los temas centrales del libro. Más aún cuando el autor no tuvo la posibilidad real de consultar muchas de las novedades, por solaparse con su propia publicación. Asimismo, el punto de partida desde el que se aproxima al tema es muy interesante y no escaso de aciertos, abordado con una honestidad e intención de rigor histórico fuera de dudas, abriendo espacios de debate.

Jose Manuel Ferrary

Antonio CAÑELLAS – César OLIVERA, *Vicente Rodríguez Casado. Pensamiento y acción de un intelectual*, Madrid, Ediciones 19, 2018, 398 pp.

Esta biografía, escrita por dos historiadores, se basa en fuentes documentales sólidas: el archivo personal del personaje y otros fondos que ayudan a conocer las realizaciones de un hombre activo en el mundo cultural y político en la historia reciente de España.

César Olivera redacta las páginas sobre los primeros años de vida de Vicente Rodríguez Casado y el último capítulo sobre su personalidad y sus ideas, mientras Antonio Cañellas firma los capítulos centrales sobre la actividad profesional de Rodríguez Casado, sobre la que ya había publicado varios trabajos.

En el primer capítulo, “Los tiempos mozos (1918-1936)”, Olivera describe de manera amena y precisa el ambiente en el que se formó Rodríguez Casado. Hay dos citas extensas sobre una conversación del protagonista con el fundador del Opus Dei, sin nota y sin hacer referencia a la fuente (pp. 51-52).

El siguiente capítulo, “La guerra civil (1936-1939)”, recorre las vicisitudes del joven protagonista, que perdió más de treinta kilos durante el conflicto, pero salvó su vida. Olivera se apoya fundamentalmente en los recuerdos del biografiado, que contrasta con otras fuentes.

En el tercer capítulo, “El retorno a la Universidad (1939-1942)”, el autor ofrece una explicación clara de cómo obtuvo la cátedra a los 24 años. Se presentaron a los ejercicios tres candidatos para dos cátedras de Historia Moderna y Contemporánea Universal, una en Sevilla y otra en Valencia. Vicente Genovés, que tenía 32 años, contaba con más méritos docentes e investigadores que los otros opositores, Rafael Calvo Serer y Vicente Rodríguez Casado. Estos dos amigos acusaron a Genovés de plagio en el segundo ejercicio. Calvo Serer y Rodríguez Casado hicieron un frente común para desenmascarar al rival y así tener el camino libre. Ante esta dura acusación, Genovés

no se presentó ante el tribunal y dejó el camino libre a los dos hombres del Opus Dei, que obtuvieron la cátedra.

En “Catedrático en Sevilla (1942-1946)” se menciona su papel como director de tesis y el interés por formar alumnos y doctorandos, la creación de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y la Universidad de verano de La Rábida. Cañellas intenta explicar la manera de trabajar del joven catedrático, una especie de virrey, como él mismo reconocía, que emprendía muchas iniciativas y proyectos, suscitando conflictos por su manera personalísima y directa de proceder. Aparecen bien explicados los problemas suscitados por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos con la tramitación de una nueva sección de Historia de América de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, que terminó con un decreto ministerial que adjudicaba las funciones docentes a la facultad universitaria y no a la escuela (p. 160).

Por otro lado, en estas páginas hay varias afirmaciones que requieren matices: se afirma que Myron Taylor, representante personal del presidente norteamericano Roosevelt ante el papa Pío XII era católico, cuando Taylor era protestante. El error proviene de la fuente bibliográfica citada (p. 144). Más adelante, se dice que Vicente Rodríguez Casado conoció a Juan Manzano en la residencia DYA cuando el primero hacía la tesis y el segundo daba clases (p. 155): Rodríguez Casado era un estudiante universitario cuando iba por DYA, como bien escribió Olivera en los primeros capítulos del libro.

El capítulo quinto, “Ni liberales ni marxistas: cristianismo integral (1946-1957)”, presenta el acceso a la cátedra de discípulos y colaboradores del biografiado: entre otros Florentino Pérez Embid, Octavio Gil Munilla, José Antonio Calderón, Francisco Morales. En 1947 Rodríguez Casado fue nombrado director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Paralelamente a los progresos profesionales surgían rencillas y desavenencias, según Cañellas, por el carácter de Rodríguez Casado confiado en sus razones y planes, y poco receptivo a otros argumentos y proyectos ajenos (p. 196).

Si en 1942 Rodríguez Casado y Calvo Serer se unieron para sacar la cátedra frente a Genovés, en 1951 el subdirector de la revista *Arbor* puso objeciones a un artículo de su amigo por separarse del pensamiento de Balmes, Donoso y otros pensadores tradicionalistas (p. 203). No obstante, ambos compartieron un común empeño por defenderse de la política cultural del ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, y uno de sus hombres, Alfredo Sánchez Bella. Ruiz Giménez quiso recuperar el pensamiento de Ortega y Unamuno, lo que para muchos era manifestación de una mano tendida a la izquierda. En el enfrentamiento intelectual, Ruiz Giménez cesó de todos los cargos que ocupaba en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a Calvo Serer y recortó los presupuestos de las empresas americanistas de Rodríguez Casado, pero no logró expulsarle de la dirección de la Universidad de verano de La Rábida (pp. 226-238).

“En la arena política (1957-1976)” comienza con el nombramiento de Rodríguez Casado como director general de Información. Según Cañellas, decidió entrar en política no por vocación, sino para defender sus iniciativas culturales (p. 249). Una

vez ocupado el cargo, su objetivo fue más amplio al querer acercar la cultura a la gente a través de exposiciones, conferencias, ferias del libro, etcétera.

En 1962 fue nombrado director general técnico del Instituto Social de la Marina. Su función era velar por la seguridad social y por las condiciones de vida de los marinos y pescadores. No abandonó su tarea investigadora y publicó ese mismo año un libro sobre Carlos III y poco después tres volúmenes titulados *Conversaciones de historia de España*. Entre sus iniciativas cabe destacar los ateneos obreros como lugares de formación cultural de las clases más desfavorecidas. En el curso 1967-1968 trasladó su cátedra a la Universidad Complutense de Madrid.

De indudable utilidad son las citas de la correspondencia del biografiado con el fundador del Opus Dei, aunque alguna cita a una carta convendría comentarla de manera más detenida y profunda (p. 291, nota 437). El peso que tiene la documentación consultada en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei es importante en el libro, pero quizá se podría haber empleado más la correspondencia del fundador a Rodríguez Casado.

El último capítulo se titula de manera acertada “El atardecer de la vida (1976-1990)”. El cese como rector de la Universidad de La Rábida, la muerte de varios seres queridos, los primeros problemas serios de salud hicieron acto de presencia en el profesor de más de sesenta años. No obstante, siguió dando clases en la Universidad Complutense hasta los setenta años y también impartió cursos y conferencias en la Universidad de Piura en los veranos desde 1974 hasta 1987. En estos años publicó el libro *Orígenes del Capitalismo y del Socialismo Contemporáneo*, un ensayo histórico de calado filosófico. Tras la jubilación en 1986, la salud empeoró progresivamente. Falleció rodeado de gente joven durante una convivencia estival en la localidad madrileña de Cercedilla el 3 de septiembre de 1990.

Olivera firma el “Epílogo. La personalidad de un humanista atípico”. Destaca su carácter extrovertido y su sentido vitalista. La capacidad de entusiasmo era contagiosa, capaz de cautivar a jóvenes y mayores con sus palabras y gestos. Animaba a los historiadores a apreciar los «olores, colores y sabores» del mundo que nos rodea (p. 369). Desde muy joven se comprometió a vivir el mensaje del Opus Dei con espíritu de iniciativa y plena libertad. Solía repetir que «en mi vida siempre he hecho lo que me ha dado la gana» (p. 371).

El formato del libro tiene un diseño poco convencional, como una especie de folleto cuadrado por fuera y con letra pequeña por dentro. La selección de fotografías destaca por su calidad y variedad, y por los breves y acertados comentarios.

En definitiva, una biografía sumamente interesante, bien escrita, que nos acerca a uno de los primeros miembros del Opus Dei que en un momento de su vida académica optó por participar activamente en la vida política de su país.

Onésimo Díaz